

khonds del Goomsur. Su nombre era *Sam Bissoa*. Dotado de un espíritu sutil y por demás despierto en interés de su ambición, este hombre era absolutamente nuestro. Yo lo había visto en acción: habíamos combatido juntos en más de una escaramuza, y no dudo me tuviera cierta afición. Llamábalo, pues, en mi ayuda, como también á Punda Naik, jefe bravo también, aunque menos inteligente. Hícele conocer anticipadamente el plan de campaña al cual los asociaba, y el primero se encargó de prepararme una acogida favorable. Por su mediación invité á todos los jefes de los pueblos del distrito (*motahs*) para que vinieran á verme con sus intérpretes (*digaloo*) bajo los muros del fuerte de Bodiagherry, el mismo en que por fin de cuenta se había refugiado el último rajah, y donde vino la muerte á sorprenderlo después de muchas vicisitudes.

Grande era mi ansiedad el día anterior á esta entrevista, bien que yo hubiera tomado por mi parte las oportunas precauciones. Yo era, en efecto, hartamente conocido y las poblaciones me veían sin sospechas: por influencias mías habían recibido la mayor parte de los jefes su rango en virtud de una antigua costumbre que nosotros manteníamos no viendo ninguna razón para abolirla. Casi todos respondieron á mi invitación y fueron llegando á la cita seguidos de escoltas respetables. Los jefes y sus principales secuaces se sentaron en el suelo formando semicírculo; detrás de ellos reunidos en grupos y fumando á mas y mejor, el resto de los khonds prestaba atento oído á nuestras palabras. Eran estos por lo general jóvenes de cada tribu, quienes por miramiento á sus ancianos, rara vez se permitían tomar la palabra en un debate público.

Con estos pueblos medio salvajes es de rigor una argumentación prolija: es menester exponer el asunto en sus mas pequeños pormenores; hacer valer uno á uno todos los motivos de persuasión y recaer sin cansarse en los mismos razonamientos. Así, pues, la arenga mia, que interpretaron Punda Naik y Sam Bissoá, fue de una extensión extra-parlamentaria.

«No se trata, les decía, de vituperar lo pasado, sino de inaugurar un porvenir mejor. El gobierno inglés se ha afectado profundamente al saber que todos los años se sacrifican cierto número de víctimas humanas para aplacar la cólera de vuestros dioses; costumbre impía, bárbara, cruel á que es preciso renunciar para siempre, so pena de quedar detrás de las otras tribus sin aptitud para la civilización. Una nueva era va á comenzar para vosotros: ya no estais oprimidos bajo el pesado yugo de los ignorantes rajahs, que no se interesaban por vuestro bienestar; la fortuna de las armas os ha hecho pasar á otro estado mas ventajoso, al amparo y protección del gobierno

inglés en cuyos dominios no existe ya tan abominable costumbre. Este paternal gobierno no hace ninguna diferencia entre sus hijos: á sus ojos el khond y el uria son iguales; lo mismo protege la vida de uno que la de otro, y lo mismo los castigará si se hacen reos de homicidio. Esta ley, universalmente reconocida ¿no es también la vuestra? ¿No pedís sangre por sangre, cabeza por cabeza? Pues ¿qué responderíais si se os exigiera la misma retribución de justicia por los horribles asesinatos cometidos al pie de vuestros altares? ¿Dónde está, por otra parte, la necesidad de esos holocaustos? Nosotros también, lo confieso con pesar, hemos ofrecido en otro tiempo estos sacrificios humanos, creyendo como vosotros aplacar la cólera divina con inmolar á nuestros semejantes; pero esto solo acontecía en una época de grosera ignorancia, cuando salvajes é insensatos vivíamos una vida semejante á la de los animales. Aquella ignorancia ha ido por fortuna y gradualmente disipándose, y nosotros hemos al fin venido á renunciar para siempre á tan sacrilegas prácticas. Y ¿qué hemos conseguido con esta abolición? Desde entonces se nos ha deparado todas las prosperidades. Mejor instruidos, mas prudentes, podemos ahora apreciar justamente nuestros antiguos errores y condenar aquella insensatez execrable. En cuanto á vosotros, bien podéis conocer por nuestro ejemplo que esas vanas ceremonias de vuestra religión no contribuyen en nada á vuestra felicidad. Pero no hablemos de nosotros. Ved lo que pasa entre vuestros vecinos de las llanuras. ¿No son sus mieses tan abundantes como las vuestras? ¿No están mas lucidos sus ganados? ¿No viven ellos mejor que los montañeses sacrificadores? ¿Hay entre vosotros frutos mas regalados ni hombres mas fuertes, mas satisfechos, mas felices?... Y ¿los veis ahora sacrificar por ninguna causa á alguno de sus semejantes?...

Después de haber desenvuelto largamente este paralelo, les rogué creyeran en mi amistad, en mi deseo de serles útil: les recordé que como representante del gobierno inglés podía dispensarles muchos y grandes favores, con tal que defirieran pacíficamente á nuestros buenos deseos. Nosotros, les dije continuando, no queremos anular vuestros principios religiosos ni perturbar vuestras creencias; sino abolir únicamente un hecho que jamás han sancionado las leyes divinas ni humanas. En suma, solo os exigimos que renunciando á tan bárbara costumbre os hagais dignos de la protección del gobierno, de que habeis venido á ser súbditos, y que guardéis entre vosotros la paz, viviendo en buenas relaciones con vuestros vecinos.

Cuando juzgué no haber omitido ninguna de las consideraciones que podían obrar eficazmente en aquellas inteligencias primitivas, rogué á los circuns-

tantes discutieran entre ellos la cuestión, notificándome luego el resultado.

La asamblea, que con silencio y calma había escuchado todo lo que yo había dicho, se levantó inmediatamente y fué á celebrar un consejo á otro paraje apartado. No estaba yo en verdad tranquilo sobre el éxito del debate que iba á empeñarse, supuesto que antes de la reunión, se me había indicado, si no propuesto, un convenio, que consistía en autorizar un solo sacrificio anual por todos los khonds del Goomsur: no hay que decir que deseché en el acto el medio término.

Abierta otra vez la sesión, y después de algunos preliminares, cinco ó seis de los jefes khonds, los de mas edad é influencia, se acercaron á mí para interpretar los sentimientos de la mayoría, lo que hicieron con mucha sangre fría y mayor facilidad de palabra. He aquí lo que vinieron á decir:

«En todo tiempo hemos sacrificado nosotros criaturas humanas: nuestros mayores nos transmitieron esta costumbre; ellos no creían hacer mal ni nosotros tampoco lo creemos; al contrario, nos parecía que cumplíamos un deber sagrado. Entonces estábamos bajo el rajah del Goomsur, y ahora estamos al amparo del Gran Gobierno, cuyos mandamientos debemos obedecer. Si la tierra nos niega sus productos, si las enfermedades contagiosas vienen á azotarnos, la culpa no será nuestra. Por tanto renunciamos á los sacrificios de criaturas humanas, y solo si se nos permite, inmolaremos animales como hacen los habitantes de la llanura.»

Ocioso sería consignar aquí los diversos incidentes y debates que en seguida se empeñaron, y que yo debí sostener con una paciencia ejemplar; pero el resultado, en fin, escedió á mis esperanzas. Convínose en que la asamblea se reuniría otra vez un día fijo, á fin de traerme oficialmente los *meriahs* que debían ser inmolados.

Y me los trajeron efectivamente el día señalado en número de un centenar entre hombres y mujeres. Después de una nueva arenga por mi parte, apoyada por muchos jefes que hicieron ver la necesidad de obedecer al gobierno, prestaron todos un solemne juramento que les es particular. Sentados en pieles de tigre y rociando con unas gotas de agua un poco de tierra y arroz que ostentan en la mano, repetían las palabras siguientes:

«Que la tierra me niegue sus frutos, que el arroz se me atragante, que el agua me ahogue, que el tigre me despedace á mí y á mis hijos, si falto alguna vez al juramento que hago por mí y por mi pueblo de renunciar para siempre á todo sacrificio humano.»

Después circuló mi sable de mano en mano de los jefes, ceremonia que implicaba sumisión por parte de

ellos y por la mia benevolencia y protección. Tuvo lugar en seguida la distribución de los presentes, y tomando por fin cada cual el camino de su pueblo, quedó virtualmente disuelto mi segundo *Durbar* en el país de los khonds.

Entre los jefes de las tribus mas lejanas, algunos habían descuidado el compromiso de enviar sus *meriahs*, pero á ejemplo de sus compañeros fueron sucesivamente trayéndolas, y antes de que espirase un mes tenía yo en mi poder ciento cinco infelices que había arrancado al mas horrible suplicio.

Ahora bien: era preciso resolver sobre su suerte, y muchos fueron devueltos á sus parientes de la llanura, no pocos entraron de aprendices casa de artesanos que los solicitaron con afán, y algunos se quedaron con los habitantes de las tierras bajas, para auxiliarlos en sus trabajos. Los agentes del servicio civil y militar se encargaron de otros, y yo elegí doce que hice instruir como criados, con la idea de que nos sirvieran de intérpretes en nuestras ulteriores relaciones con los khonds.

Estas relaciones vinieron á estenderse y cultivarse cada vez mas. Yo recorría asiduamente los pueblos, buscando por todos los medios posibles hacerme popular. Arbitro supremo de sus diferencias, no me ahorraba ninguna molestia por conocer á fondo las causas que se me confiaban; pero guiándome siempre en mis decisiones por un consejo compuesto de sus ancianos. Así, no contrariando sus ideas de derecho y aplicando solamente las leyes del país, acabé por adquirir una influencia considerable. Los jefes á quienes yo favorecía me prestaban en cambio el mas celoso y eficaz apoyo. Bueno será decir que la persuasión y los medios conciliatorios no hubieran bastado para atraer á mis fines esta raza indómita y guerrera: debí de vez en cuando probarles, sin llegar á los últimos extremos, que tenía en la mano medios con que hacer valer mi voluntad, si se hacían sordos á los consejos de la razón. Pero no podía recurrir mas que á las amenazas, y generalmente inclinado á hacerles en cualquiera otra materia las mas amplias concesiones, no me mostraba inflexible; sino cuando se comprometía el alto objeto de mi misión.

Durante cuatro años consecutivos no cesé de tenerlos á la vista, y aunque establecido en la llanura, iba á lo menos una vez anualmente á dar una vuelta por las montañas para mantener y acrecentar mi influencia. Todas sus cuestiones de importancia eran sometidas á mi juicio, y yo arreglaba hasta sus discusiones domésticas en que el sexo débil, ya que no bello, desempeñaba casi siempre el principal papel. Mezclábame también y con verdadero placer en sus partidas de caza, condescendencia que me recomendaba mas á gentes tan sencillas que cualquiera otro favor mas importante. Es preciso conocer estas tribus

salvajes para darse cuenta del prestigio que pude añadir así á mi autoridad sobre ellas. Cuando no estaba entre los khonds, afluan ellos á mi residencia, cuya entrada se les abría libremente á fin de ponerlos en contacto con sus vecinos de las tierras bajas en ocasion de estas visitas. Procuraba tambien hacerles concurrir á las ferias de las tierras bajas, tomando todas las precauciones oportunas para garantizarlos de los fraudes, de que hubieran podido ser víctimas. Y no pasó mucho tiempo sin que estas medidas de prudencia viniesen á ser completamente supérfluas: nuestros montañeses, maestros muy pronto en materia de negocios, se hallaron ya en estado de manejarse solos. Establecí persecuciones severas contra los miserables que se daban á la rapiña y al robo, y tres de ellos que me fueron particularmente señalados, fueron juzgados y condenados á prision. Tracé luego un gran camino que penetrara en el corazon del Khondistan, como el mejor medio de introducir allí los primeros gérmenes de la civilizacion; y al efecto hice valer cerca del gobierno la imperiosa necesidad de estender las medidas tomadas para la supresion del rito *meriah* en los principados vecinos, el Boad y el Chinna-Kimed; y en el mismo Goomisur los sacrificios habian cesado completamente. Además, yo habia llegado á constituir una especie de estado civil para los *possia poes* ó siervos, de quienes ya tuve ocasion de hablar. Tratábaseles bien, no tenían que temer por su vida ningun peligro inmediato; pero bastaba que en un momento dado pudiesen sufrir los efectos de una reaccion religiosa para que fuese prudente abrir un registro, donde se inscribiesen todos nominalmente con designacion del sexo, edad, etc. Cumplida esta formalidad, no se les devolvía á sus patronos sino bajo la garantía personal de algun jefe influyente, el cual se obligaba á presentarlos á mí, ó á un delegado mio, siempre que se creyera conveniente este requerimiento.

Durante los cuatro años de que acabo de hablar y que constituyen lo que llamaria con gusto *mi primera campaña*, habia yo llevado una existencia materialmente penosa, y esto en un pais malsano que gasta las constituciones mas robustas de los europeos. Así que mi salud se hallaba muy quebrantada cuando en los primeros meses de 1842 fue designado mi regimiento para tomar parte en las operaciones militares de que era la China teatro entonces. Yo solicité y obtuve el honor de volver á mis banderas reemplazándome el capitán Macpherson en mi civilizadora mision. Su administracion, que duró dos años, fue señalada por una medida deplorable: la destitucion de Sam-Bissoá, cuya conducta calumniaron sus intrigantes subalternos. Nuestro fiel aliado fue sustituido por un sacerdote de Tentilghur llamado Ootan Sing. Pero los khonds, supuestos enemigos de Sam-

Bissoá, bien pronto se rebelaron contra su nuevo jefe, cuya avaricia, cobardía y mala fe lo hacian despreciable y antipático. El mismo capitán Macpherson, que lo invistió de tal autoridad, se vió obligado á destituirlo.

IV.

Habiendo vuelto ya de China en enero de 1847, y estando ocupado en reprimir la insurreccion que estalló por la parte de Golconda, me vi llamado otra vez al teatro de mis antiguos trabajos en reemplazo del capitán Macpherson que volvía á Calcuta. Hallé las tribus de Goomsur en un estado de febril agitacion: nuestras marchas y contramarchas les causaban la mayor inquietud, haciéndoles sospechar de parte del gobierno designios de hostilidad. Era menester tranquilizarlos ante todo, y pude felizmente conseguirlo con la ayuda de Sam-Bissoá á quien bajo mi responsabilidad me apresuré á reponer en sus funciones.

Grande fue mi satisfaccion cuando supe que durante mi ausencia ningun sacrificio humano habia tenido lugar: á lo menos no pude probar ninguna contravencion á mis órdenes. Así, pues, distribuí liberalmente á diestro y siniestro entre los jefes fieles á su juramento aquellos retazos de grueso paño rojo, que tienen ellos en tanta estimacion y con que realzan el esplendor de sus trajes de guerra.

Luego volvimos á tratar juntos la cuestion ya controvertida. La abolicion del rito *meriah* no habia traído, me dijeron, ningun desastre; sin embargo, se irritaban á veces contra la obligacion que les habia impuesto, mientras en Boad, Jeypor y otros Estados vecinos tenían lugar los sacrificios. La imparcialidad del gobierno debia imponer, y así lo esperaban ellos, la misma obligacion y obediencia á los otros distritos. Yo les prometí que así seria y penetré inmediatamente en el Boad, donde Chokro Bissoá, á la cabeza de algunos adeptos, mantenía cierta agitacion. El primer objeto de esta espedicion debia ser la restitution de los ciento setenta *meriahs* entregados por el capitán Macpherson, y despues el restablecimiento de la confianza entre los khonds. Tratados cruelmente por los empleados indígenas, sobre los que se habian permitido violentas represalias, toda visita oficial era para ellos motivo de terror: así que á mi llegada huyeron á esconderse en sus impenetrables bosques, y no hallé literalmente con quien hablar. En estos intermedios, y mientras me ocupaba del modo mas eficaz de hacer la reconciliacion de los khonds con el gobierno, recibí la orden formal de ir á destituir al rajah de un principado vecino, el de Ungool, situado á la parte de allá del rio Mahanuddy.

Despues de algunas semanas de ausencia, volví al Boad con seis compañías de infantería y un escuadron

de caballería irregular. La tranquilidad no se habia turbado á pesar de los continuos esfuerzos de Chokro Bissoá para empeñar á sus compatriotas en algun

acto de resistencia á las órdenes del gobierno. Dirigiéndose ante todo á sus preocupaciones religiosas, les prometía, entre otras cosas, libertad absoluta de



Jefes khonds.

ofrecer á sus dioses víctimas humanas, y como estaban aun en posesion de las que el capitán Macpherson les habia devuelto tan desacertadamente, podia temerse que una inmolacion general fuese el preliminar de la rebelion á que se les escitaba. La tenta-

cion era fuerte; una vacilacion comun parecia prevalecer. Sin el temor saludable que el *sirkar* (el gobierno) inspira á estas tribus largo tiempo oprimidas, sin los rápidos y felices resultados que acababa de dar la guerra llevada á los dominios del rajah de Ungool,

no puede saberse lo que hubiera sucedido. En suma, las instigaciones del jefe rebelde quedaron sin efecto, y el oficial á quien encargué suplirme durante mi ausencia, no tuvo que rechazar ningun ataque directo. Empezar en el Boad la abolicion de los sacrificios humanos, era una empresa no menos espionosa y delicada. El gobierno supremo de la India no se decidió á ello sin dificultad. Teníamos, sin embargo, en favor nuestro el buen éxito obtenido en el Goomsur, donde la prosperidad pública no se habia de ningun modo afectado, y donde los dioses faltos de sangre humana, no habian mostrado ningun resentimiento. La menor epidemia, una mala cosecha, una calamidad cualquiera habria sido interpretada en este sentido; pero una feliz casualidad nos ahorró este contratiempo quitando todo pretexto á fanáticas recriminaciones. Recibí al fin las órdenes necesarias y acometí al punto mi empresa distribuyendo las pequeñas fuerzas de que disponia.

Así recorrí en todas direcciones el Boad hasta el mes de mayo, á pesar de las fiebres que ya se recrudecian, á pesar del calor, y á pesar de todos los inconvenientes de esta estacion, en que las gentes del pais esperando las lluvias de junio prenden fuego á las secas jungias y monte bajo de sus bosques. Dificilmente se formará una idea exacta de lo que viene á ser esta ardiente y malsana atmósfera, invadida por densas columnas de acre humo. Mi campo fue literalmente diezmado por la fiebre, y me era preciso enviar á cada instante los enfermos á la tierra baja; dos de mis oficiales perecieron, y muchos otros tuvieron que ir á buscar bajo un cielo mas clemente los medios de restablecer su salud comprometida. Pero en premio de tanto sufrimiento vimos al fin con su antiguo prestigio la autoridad del gobierno. Las tribus mas lejanas conocieron que estaban en nuestro poder y los jefes, que fueron los primeros en someterse, vieron cumplir estrictamente la promesa que les habíamos hecho de imponer á todos lo que de ellos obteníamos.

Respecto de las ciento setenta victimas vanamente libertadas en otro tiempo, los khonds habian ya sacrificado tres para tener el cielo propicio en la resistencia que esperaban hacernos: las demás nos fueron entregadas otra vez, y el resultado total de nuestras operaciones en el Boad fue la redencion de 235 infelices criaturas destinadas á perecer tarde ó temprano bajo el sacrilego y cruel cuchillo de tan impíos sacerdotes. Y cosa estraña; la mayor parte de los *meriahs* parecian indiferentes á la salvacion que les llevábamos, y no pocos se espantaban á la idea de bajar á la llanura con nosotros, desconfiando de la suerte que les esperaba. Debo, sin embargo, decir que no fue menester mucho tiempo para reconciliarlos con su destino y hacerles apreciar la benévola tutela que en lo sucesivo habia de ampararlas.

La campaña siguiente (noviembre 1849) tuvo por teatro el Chinna-Kimedy, cuyos montuosos distritos confinan en los de Boad y de Goomsur. Allí no solo se ofrecian sangrientos sacrificios á la tierra, sino tambien á Manuck-Soro, el dios de los combates, á Boro-Penno, el dios grande, y á Zaro-Penoo, el dios del Sol. La ignorancia de este pueblo confinado en sus montañas sin ninguna relacion con la llanura, hacia prever una obstinada resistencia, y por lo mismo habia yo tomado las medidas convenientes. Inves-tido por el gobierno con los mas amplios poderes, no queria, sin embargo, valerme de ellos, sino en el último extremo. En aquellas montañas donde jamás habia puesto su planta un europeo, en medio de aquellos bosques en que ningun camino nos era conocido bajo aquel cielo inclemente mas temible que los ejércitos, la guerra hubiera sido un azote cruel, y la menor imprudencia podia traernos este azote. La ayuda de los principales *rajahs* que yo habia podido conciliarlos y cuya confianza poseia, la franqueza de mi lenguaje, el cuidado con que yo precisaba las intenciones del gobierno limitando nuestro papel, á la abolicion del inhumano rito, alejaba de nosotros aquella fatal necesidad. Se nos recibió al principio, es verdad, con mas espanto y terror que simpatías: grupos de recelosa gente contemplaban desde lejos nuestro campo sin osar aproximarse; hacíase cundir la falsa y alarmante noticia de que yo iba en busca de *meriahs* para sacrificarlos en un holocausto inmenso á la divinidad de las aguas que habia agotado un lago artificial ahondado junto á mi morada. Pero estos vanos rumores enmudecieron muy pronto, y la rigurosa disciplina observada por mis tropas llegó á inspirar confianza á aquellas tribus. Pudieron entonces comenzar las conferencias, y despues de los parlamentos de una parte y otra, obtuve la redencion de 206 *meriahs* y la formal promesa de que en los posteriores sacrificios, solamente los búfalos, las cabras y los puercos serian ofrecidos á los dioses de la comarca.

El capitán Macviccar, mi suplente, que conmigo operaba en algunos distritos del Boad, donde no habíamos podido penetrar el año anterior, llegó tambien á obtener felices resultados: entre los dos libertamos 307 *meriahs*, incluso 120 pequeñuelos que fueron puestos á espensas del gobierno bajo la inmediata proteccion y cuidado de los misioneros de Berhampor y Cuttack. De los adultos, los que estaban casados fueron colocados en varias poblaciones, ó establecidos en el campo con los recursos necesarios; los jóvenes entraron de aprendices en diferentes talleres y yo me reservé 12 ó 15 para mi escuadra de irregulares. Las muchachas segun llegaban á la pubertad, se iban acomodando fácilmente en matrimonio, en atencion á que el gobierno, cuyas pupilas son, les asegura una pension suficiente. Esta-

blecióse, en fin, en Sooradah para las mujeres solteras y para los niños un asilo especial donde bajo la vigilancia y tutela de respetables matronas, aprenden las primeras labores de su sexo, y los segundos una preparacion para entrar mas tarde en las escuelas de los misioneros.

En 1850, el mal estado de mi salud me obligó á abandonar la India y fuí al Cabo de Buena-Esperanza á restablecerme. Durante mi ausencia los capitanes Macviccar y Frye continuaron la gran mision á que nos habíamos consagrado juntos. El segundo, erudito orientalista, que habia hecho estudios especiales de los dialectos khonds, y al cual se debe la impresion de las únicas obras que en esta lengua existen, pereció despues víctima de su celo. Una fiebre pútrida terminó al fin la carrera de aquel brillante oficial, cuyas altas miras y hábil política contribuyeron muy particularmente al buen éxito de nuestra obra comun. Una singular anécdota que á él debo y que se refiere á la época de que hablo, tiene aquí un lugar muy oportuno.

Advertido de que una bella jóven de quince á diez y seis años debia ser inmolada en breve plazo, se apresuró Frye á presentarse en el lugar del sacrificio, escoltado solamente por algunos ginetes. Oportuna fue ciertamente su llegada, porque en medio de los khonds reunidos, el sacerdote tenia ya en sus manos el cuchillo y á sus pies la víctima. Intimidados para que inmediatamente se la entregaran, los sacrificadores vacilaron; pero el estado de escitacion y cólera en que se les veia hacia temer desastrosas consecuencias. Razonar con ellos en tales circunstancias hubiera sido completamente inútil: así, pues, el capitán, tan hábil como bravo, aprovechándose de aquella vacilacion tomó á la *meriah* y desapareció rápidamente con ella. Los khonds no podian darse cuenta del suceso, y furiosos por la decepcion no sabian sobre quién hacer caer su rabia. Una idea se les ocurrió que fue aceptada por todos sin escrúpulo ni tardanza: el sacerdote estaba allí, viejo inútil y miembro parásito de la comunidad ¿por qué no habia de reemplazar él á la víctima robada á la divinidad? La estraña sustitucion fue ejecutada en el acto, inmolando al sacrificador que en su larga edad tantas victimas habia sacrificado; si bien esta inmolacion tuvo despues su castigo.

Presentando el cuadro de sus operaciones, el capitán Macviccar hacia observar que la abolicion de los sacrificios humanos no implicaba ningun cambio en la religion de los khonds, ninguna idea de progreso moral. Bajo muchas formas simbólicas y nombres diversos, la divinidad que estos montañeses adoran es siempre el terrible *Durgha* de los Indios, esa divinidad cruel que solo se aplaca con humana sangre, y que solamente acepta, cuando á ello se le obliga, la

sustitucion de los animales. Siendo siempre una la idea fundamental, el rito no está verdaderamente abolido en un distrito, sino cuando lo es igualmente en todas las comarcas vecinas. Sin esto, los verdaderos fieles se trasportan á largas distancias para ver consumado en todo su rigor, en toda su verdad el sacrificio esencial, y traerse á sus campos un giron de la preciosa ofrenda. Así, pues, sin dejar de reconocer los buenos resultados obtenidos en la Chinna-Kimedy, el capitán Macviccar añadia que estas vastas regiones no podrian ser consideradas completa y definitivamente sometidas á la nueva prohibicion, si las inmolaciones humanas continuaban en el Jeipur, principado limítrofe de estension considerable. Esta conclusion exacta y bien estudiada, fue el punto de partida de nuestras nuevas expediciones, que comenzaron el 17 de diciembre de 1851 y se extendieron á los tres años siguientes. Nuestra marcha era la misma; nuestros medios de accion idénticos; idénticos los obstáculos é inconvenientes: eran estos en primer lugar la fiebre, la viruela y otras enfermedades epidémicas; despues la ignorancia y fanatismo de aquellas tribus, mas la desconfianza de algunos *rajahs* que buscaban siempre un fin político á nuestros humanitarios proyectos. No puede darse una idea de la paciencia que es menester desplegar para tan delicadas transacciones en que el lenguaje de la autoridad no se hace aceptable ni aun inteligible, sino por medio de hábiles manejos; porque el empleo de la fuerza concitaria en contra las preocupaciones, recelos y odios de todos los hombres del pais. A Dios gracias, yo no he apelado á este medio mas que una vez en circunstancias muy escepcionales (enero de 1852). Estábamos entonces en el canton de Godairy, en el centro de seis pueblos ordinariamente en guerra entre sí, pero que se aliaron contra nosotros, creyendo que íbamos á vengar un triple asesinato de que, mas ó menos, todos eran cómplices. En efecto, habian asesinado poco tiempo antes á tres mensajeros del Nigbbo de Godairy, que con pretexto de una reclamacion sobre el rito *meriah*, les habia sacado búfalos, cabras, vasos de bronce, etc. Por tanto se hacian sordos á todas mis exhortaciones y rebeldes á todas mis órdenes: tuve que permanecer once dias enteros acampado al raso en los arrozales, que inundaron dos veces para molestarme. Despues de muchas demostraciones hostiles, y envalentonados al ver la poca gente de mi mando, aquellos montaraces en número de unos trescientos, atacaron mi campo con una espantosa gritería: desde lo alto de las rocas que cubiertas de matas salvajes circuián nuestras tiendas, tres ó cuatrocientos mas permanecian de espectadores aplaudiendo á los suyos y animándolos con sus gritos. Una salida vigorosa hizo muy pronto justicia á tan audaz tentativa, y el enemigo atacado de frente rudamente no